

Ramón Jiménez, el filólogo Ramón Menéndez Pidal y el dramaturgo Alejandro Casona, de modo más tenue, también fueron testimoniantes del sufrimiento del pueblo español. Todo ello fomentaba el interés por la guerra en España y beneficiaba a esas publicaciones.

La terminación de la contienda y la victoria final de las fuerzas más reaccionarias no significaron la extinción de los medios de difusión de carácter político pertenecientes a la comunidad española. Por el contrario, ocurrió un incremento cuantitativo que tuvo sus orígenes en tres factores: la llegada a Cuba de numerosos dirigentes e intelectuales exiliados, la formación de nuevas agrupaciones republicanas, de distintos matices, y las luchas internas, de connotación ideológica, ocurridas en el seno de las sociedades y de los centros regionales.

En relación con el primer aspecto, podemos destacar a varias figuras políticas de gran relevancia: el ex-presidente de la República Española, Niceto Alcalá Zamora, quien se hizo presente en La Habana en diciembre de 1941 para ofrecer conferencias, el ex-presidente del gobierno vasco, José Antonio Aguirre, homenajeado por el Senado de Cuba en 1942, y los altos dirigentes Indalecio Prieto (socialista) y Alvaro de Albornoz (republicano), ambos enfrascados en tareas de proselitismo. Una larga relación abarca a los catedráticos y escritores asilados que dejaron profunda huella en el ámbito cultural cubano con posterioridad a 1939: Luis Jiménez de Asúa, María Zambrano, Claudio Sánchez Albornoz, Emilio Mira y López, José Ferrater Mora, Pedro Bosch Gimpera, Mariano Ruiz Funes, José Gaos, Demófilo de Buen y otros más. Por último, aunque les corresponda un lugar mucho más modesto, también merecen aparecer en este listado los luchadores antifascistas partidarios de la vía armada que hallaron refugio en La Habana por estos años: Santiago Carrillo, Santiago Álvarez Gómez y Julián Grimau. Todos ellos, en mayor o menor medida, de un modo directo o indirecto, contribuyeron a la continuación de las publicaciones republicanas en nuestro país.

Con respecto a las nuevas agrupaciones antifranquistas, dejaremos para más adelante la mención de aquellas que poseían una finalidad totalmente política, con su correspondiente publicación, y citaremos aquí la celebración en La Habana, en 1941, de la Conferencia de Españoles Antifranquistas de Cuba, así como el establecimiento, en 1943, de la Unión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, que tuvo como presidente al hematólogo y ensayista Gustavo Pittaluga. Al año siguiente también fue creada en esta capital la Alianza de Intelectuales Antifranquistas, que tuvo como secretario al jurista y escritor zaragozano José Luis Galbe.

Y en lo que concierne a las pugnas ideológicas surgidas en las sociedades y en los centros regionales, dan fe de ello las propias publicaciones

surgidas en su interior. Así tenemos que en noviembre de 1939 el Partido Unión Progresista Gallega, perteneciente al Centro Gallego, que sostenía posiciones democráticas y antifranquistas, saca a la luz la revista mensual bilingüe *Alma Gallega*. Dirigida por Luis Reynate Losada, se destacó por atacar duramente a los jefes de esta institución, quienes hacían de forma abierta campaña en favor del nuevo régimen establecido en Madrid. Con similar proyección política, al mes siguiente Gerardo Álvarez Gallego funda el periódico mensual *Loita*, órgano del Partido Hermandad Gallega, dirigido también al componente progresista del Centro Gallego. Con un mayor interés por el contenido literario, esta publicación ofreció valiosas colaboraciones de Manuel Millares Vázquez, Rafael Suárez Solís, Ángel Lázaro y José Rubia Barcia.

En este año de 1939, concretamente en el mes de octubre y ya fuera del estrecho marco de la colectividad gallega, comienza a salir la revista mensual *Nuestra España*. Dirigida por el asturiano Alvaro de Albornoz y financiada por el gobierno republicano en el destierro, se hizo eco del lamento de los miles de españoles derrotados y errantes por el mundo. Su modesta calidad tipográfica se vio compensada con valiosos textos de Amado Blanco, del poeta valenciano Bernardo Clariana y del ensayista catalán Francisco Prat Puig, así como del novelista toledano Emilio Palomo. También en su caso, el propósito fundamental era mostrar al mundo el carácter represivo de la dictadura de Franco y, al mismo tiempo, mantener erguido el ideal republicano.

En 1940 comienza a imprimirse *Claridades*, órgano del Partido Socialista Obrero Español, y a continuación surge *La Voz de España*, periódico mensual editado por el Círculo Republicano Español, que dirigió hasta su desaparición, en 1947, el incansable publicista Álvarez Gallego. En 1942 se funda *Per Catalunya*, una revista redactada en catalán, de proyección regionalista y contraria al centralismo franquista, que ha de tener una periodicidad mensual y como editor a Andreu Serra. Al año siguiente, la Juventud Socialista Unificada saca a la luz la revista quincenal *Juventud*, que dirige José Puértolas, y en 1944 el Patronato de Ayuda al Pueblo Español edita el boletín informativo *Noticias de España* bajo la supervisión de Augusto Rodríguez Miranda.

Integran también esta relación el periódico *Combate*, órgano oficial de la Asociación de Ex-Combatientes Antifascistas Revolucionarios, que estuvo dirigido por el destacado periodista catalán Santiago Velasco desde su aparición, en 1947, y *España Republicana*, que en su segunda época, con el lema «Portavoz de la lucha del pueblo español» y una acentuada actitud dogmática y sectaria, vio la luz hasta marzo de 1952, cuando fuerzas represivas batistianas asaltaron la Casa de Cultura, institución que la patrocinaba, y pusieron fin a sus salidas.

Por lo general, estas publicaciones tenían un marcado carácter político, en detrimento del componente literario o cultural, en su sentido más amplio, poseían una calidad de impresión muy modesta y su incidencia en la sociedad era poco significativa, en gran medida por la falta de recursos económicos. Al margen de esas limitaciones, brindaron amplia información sobre la realidad de España y, principalmente, sobre la resistencia interna de las fuerzas democráticas y revolucionarias al régimen falangista, lo cual no era ofrecido por el *Diario de la Marina* ni por otros periódicos nacionales.

Aunque estas publicaciones se hallaban en una misma trinchera, sería un error considerarlas equivalentes desde el punto de vista ideológico. Entre ellas hubo matices diferenciadores, distintas metas a alcanzar y no siempre similares métodos para la obtención del triunfo republicano. Su misma abundancia y la diversidad de agrupaciones partidistas que representaban, dan muestras de la división y del antagonismo existentes entre los españoles exiliados. Esas luchas intestinas, surgidas junto con la República y acentuadas después de 1936, constituyeron causa importantísima de la derrota y continuaron ejerciendo una influencia negativa más tarde. En las revistas y en los periódicos antes mencionados se hallan pruebas de esas polémicas.

En este listado de publicaciones creadas en Cuba por los españoles asilados ocupa un sitio especial la revista *La Verónica*. Fundada a fines de 1942 por el poeta malagueño Manuel Altolaguirre, entonces establecido en nuestro país y propietario de una imprenta, a diferencia de las anteriormente mencionadas no tuvo en esencia una inclinación política, sino literaria. En sus páginas vieron la luz textos pertenecientes en su mayor parte a quienes León Felipe llamó «españoles del éxodo y del llanto»: Antonio Machado, Rafael Alberti, María Zambrano, Concha Méndez, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Emilio Prados. Por desdicha, sólo aparecieron seis números de *La Verónica* y en 1943 Altolaguirre se trasladó a México.

Aunque no es objetivo de nuestro trabajo analizar las publicaciones fundadas por las fuerzas falangistas existentes en Cuba, tomando en consideración que constituyeron la manifestación ideológica contrapuesta a las fundadas por los republicanos, creemos necesario hacer al menos una referencia general a las mismas. Como dijimos en líneas atrás, el *Diario de la Marina* resultó el principal vocero de la corriente franquista; pero a su lado estuvo a partir de abril de 1937 el mensual *¡Arriba España!*, órgano oficial de la Falange Española y de la JONS, con el lema «Por la Patria, el Pan y la Justicia», una excelente calidad tipográfica que ponía al descubierto su fuerte respaldo económico y la dirección del joven cubano Arturo E. de Carricarte. Al año siguiente se sumó a la cruzada fascista el

semanario *Nueva España*, que se autodefinía «El periódico de los españoles castizos escrito con lápiz amable», y una vez terminada la conflagración surgieron *Sí*, en 1940, con el lema «Afirmación espiritual de la hispanidad», *Lar*, órgano político del reaccionario partido del Centro Gallego «Afirmación y Defensa», y *Unidad*, publicación creada en 1941 y que tuvo corta vida por haber sido arrestado su director, Sergio Cifuentes, bajo la acusación de difundir ideología totalitaria. Además de apoyar a Franco, estas publicaciones intentaron reducir las amplias simpatías de que disfrutaban en Cuba los republicanos.

En 1959, tras el derrocamiento de la dictadura de Batista, la efervescencia revolucionaria del momento resultó propicia para la reorganización de los exiliados españoles en la isla y para dar también nueva vida a sus publicaciones. En el mes de febrero la agrupación España Errante comenzó a imprimir una revista homónima que dirigió el periodista Rodrigo Díaz Alonso, y cuyo interés primordial era unir a los opositores antifranquistas. Pocos meses después, la Casa de Cultura, nuevamente instaurada, vuelve a sacar el mensuario *España Republicana*. Dirigida a partir de entonces por Manuel Carnero, pasó a ser más tarde órgano de la Sociedad de Amistad Cubano Española y, en cierta medida, vehículo de divulgación del Partido Comunista Español. Además de combatir a la dictadura de Franco, apoyó a la Revolución Cubana y dedicó siempre un espacio a temas de carácter cultural. Entre otros autores, colaboraron en sus páginas Herminio Almendros, José Luis Galbe, el investigador malagueño Francisco Martínez Mota, el poeta cubano Manuel Díaz Martínez y el periodista catalán José Forné Farreres. En mayo de 1977, como resultado de las reformas políticas ocurridas en la península ibérica, cambió su nombre por *Hora de España*; pero ya su misión histórica había terminado y cesó de aparecer pocos meses más tarde.

Con el mensuario *Hora de España* se cierra el capítulo correspondiente a las publicaciones de los exiliados españoles establecidos en Cuba. Éstas no constituyen un elemento superpuesto y extraño dentro del contexto de la historia del periodismo en Cuba a partir de la Guerra Civil Española, sino una porción del vasto conjunto de publicaciones de la colonia española surgido una vez proclamada la independencia de la isla. Como quedó demostrado, mucho antes del inicio de la contienda aparecieron en La Habana órganos de divulgación de los ideales republicanos. Por otro lado, los periodistas y los escritores que colaboraban en sus páginas también lo hacían en otros diarios y revistas fundados por la comunidad española. Y al fin y al cabo esta venía a ser el principal destinatario de sus mensajes ideológicos. Estrechos lazos de unión existían entre la prensa de los exiliados, las publicaciones de la colonia española anteriores a 1936 y el movimiento periodístico propiamente cubano.

² Naranjo Orovio, Consuelo. Cuba, otro escenario de lucha. La Guerra Civil y el exilio republicano español. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1988, 336 pp.

Aquel apasionado enfrentamiento de las izquierdas y de las derechas pertenecientes al conglomerado español asentado en nuestro suelo, cuya repercusión en los centros regionales, en los actos políticos y en la prensa escrita alcanzó un altísimo nivel, ha hecho que la ensayista Consuelo Naranjo Orovio declare con toda razón que Cuba constituyó otro escenario de lucha a partir del estallido de la Guerra Civil Española ².

Jorge Domingo

